

UN
**GRAN
AMIGO**

LISA THOMPSON



CROSS
BOOKS

Las sorpresas vienen de quien menos lo esperas

UN
**GRAN
AMIGO**

LISA THOMPSON



CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

Título original: *The Light Jar*
© del texto: Lisa Thompson, 2018
© de la traducción: Teresa Muñoz, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: noviembre de 2019
ISBN: 978-84-08-21723-7
Depósito legal: B. 20.296-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Las no vacaciones

Me encanta la habilidad que tiene mamá para cantar en los túneles.

Siempre la ponía en práctica mientras conducía cuando íbamos a comer a casa de la abuela algunos domingos. Nada más entrar en el coche encendía la radio, y nos lanzábamos los dos a cantar lo que fuera que estuviese sonando, aunque yo normalmente tuviera que inventarme la letra. Para llegar a casa de la abuela teníamos que pasar por un largo túnel gris, y una vez dentro la música empezaba a distorsionarse hasta que desaparecía por completo. Entonces yo dejaba de cantar. Pero mamá, no. Yo miraba desde el asiento de atrás cómo levantaba la barbilla y movía la cabeza para que las notas más altas llegaran a vibrar. El túnel continuaba y continuaba, pero mamá no dejaba de cantar hasta que... ¡tachán!, se hacía la luz, la radio volvía a sonar y mamá seguía cantando en el punto *exacto* por donde iba la canción. Yo la aplaudía y ella reía.

Todavía no lo había hecho en este viaje, aunque ya habíamos pasado por un túnel largo. La radio estaba encendida, pero mamá no cantaba. Estaba demasiado concentrada mirando por el retrovisor cada dos por tres, a la oscura carretera que íbamos dejando atrás.

—¿Por qué hemos tenido que salir a estas horas? —le pregunté—. ¿No podríamos haber esperado hasta mañana por la mañana?

Mamá puso en marcha el limpiaparabrisas y las escobillas rascaron el cristal como si también se acabaran de despertar.

—Queremos evitar el tráfico de la hora punta, ¿no?

Me miró por el retrovisor y sus ojos se arrugaron como si me estuviera dirigiendo una enorme sonrisa, pero no me quedó claro si sonreía o no porque no podía ver el resto de su cara. Se comportaba como si nos fuéramos de vacaciones, pero resultaba bastante obvio que no era así. En primer lugar, porque solo llevábamos dos maletas pequeñas y mi mochila, y se necesita mucho más que eso para irse de vacaciones. Y en segundo, porque yo no descubrí que nos íbamos hasta que ella me despertó de mala manera a la una de la madrugada diciéndome que nos teníamos que marchar «ya mismo». No me quedaba ninguna duda de que no era ni por asomo como las otras veces que nos habíamos ido de vacaciones. Ella se había quedado mirando por la ventana mientras yo recogía algunas cosas a toda prisa, todavía medio dormido. Sabía que vigilaba por si veía venir a Gary, aunque él estaba de viaje por trabajo y no regresaría hasta la mañana siguiente. Habíamos bajado las escaleras a oscuras y mamá había puesto el equipaje en el maletero de un coche que estaba aparcado en la entrada de casa. Me había fijado en él al volver de la escuela. Tenía la pegatina de una empresa de alquiler en la ventanilla trasera y había supuesto que era de alguno de nuestros vecinos. Mamá ya no tenía coche. Gary le había dicho que no necesitaban tener dos cuando se instaló en casa.

Bostecé con la boca bien abierta mientras miraba por la ventanilla hacia la carretera y el reloj de la radio anunciaba

las 2.55 de la madrugada. Casi las tres. Creo que no había estado despierto a esa hora nunca en toda mi vida. Solo un fin de año me había quedado hasta las dos. Estábamos en una fiesta o algo así; alguien estaba tirando petardos en un descampado cerca de casa. Yo soñaba que estábamos en la segunda guerra mundial y que me había metido en un cubo de la basura para protegerme de las bombas. Cuando me desperté me di cuenta de que las detonaciones eran en realidad fuegos artificiales.

La carretera estaba desierta a esas horas de la madrugada. No nos habíamos cruzado con ningún coche desde hacía siglos.

La lluvia empezó a martillar fuerte sobre el techo del coche, como si un millón de dedos repiquetearan a la vez. Duró unos diez minutos y luego paró de repente. Fue como si alguien hubiera apagado la manguera más grande del mundo. Al principio pensé que se trataba de un extraño fenómeno meteorológico, como había leído en el mejor libro del mundo: *Hechos insólitos para alucinar*, pero entonces vi paredes de ladrillo y luces naranjas, y supe que habíamos entrado en otro túnel. Miré a mamá y me pregunté si estaría cantando, como siempre, aunque fuera por dentro.

Me he leído *Hechos insólitos para alucinar* tres veces. Según cuenta, existe un hombre de noventa y seis años en Brasil que tiene como mascota un gusano que vive en su párpado. Mamá me dice que todo eso es inventado y que solo han escrito esas historias para engañar a chicos como yo, pero hay una foto del hombre sosteniendo el gusano, así que debe de ser verdad. Me llevé el libro conmigo y planeé leérmelo entero otra vez. Además de *Hechos insólitos para alucinar* también había metido en la mochila:

- Mi despertador de pelota de fútbol (no es que se pueda chutar, pero sí es redondo)
- Una linterna azul
- Una pelota de tenis
- Un libro de pasatiempos
- Dos bolígrafos
- La señora Elefanta (un peluche que tengo desde que era un bebé)
- Mi bola mágica de las preguntas

Saqué la bola mágica del bolsillo delantero y presioné el botón de encendido. La pequeña pantalla verde se iluminó y las palabras empezaron a desplazarse...

¡La bola mágica de las preguntas te da la bienvenida!...
 ... piensa en algo y responde a mis preguntas...
 ... luego alucina ante mi capacidad para leer tu mente...

Puedes pensar en cualquier cosa y, siempre y cuando respondas correctamente a todo lo que te pregunta, adivina lo que estás pensando y te lo dice. A veces lo hace bien, si eliges algo fácil como una manzana o un tren, pero la mayoría de las veces es una caca.

Pensé en un payaso. Presioné el botón de encendido y empezó:

¿Es una planta?

No.

¿Viene en una caja?

No.

¿Lo puedes comprar en el súper?

No.

No estaba respondiendo en voz alta; solo tenía que apretar el botón de sí o el de no.

¿Camina sobre dos piernas?

Sí.

¿Puedes verlo?

Sí.

¿Se usa para entretener?

Ahí dudé. A mí los payasos no me parecían especialmente divertidos, pero supuse que era un «sí».

Sí.

Me hizo un montón más de preguntas raras y luego las pequeñas letras verdes de la pantalla empezaron a pasar más deprisa.

No puedes engañar a la bola mágica de las preguntas...

¡Ya lo sé!

¡Soy el ser más listo del mundo entero!

Vas a flipar cuando oigas esto...

... ¡Puedo leer tu mente!

Para mi gusto, aquí se pasa un poco. Solo pretende presumir de lo lista que es, y se toma todo el tiempo del mundo para responderte.

Estás pensando en...

... un amigo imaginario.

Inútil.

Resoplé. Apagué la bola y volví a meterla en la mochila.

Una mujer estaba dando la previsión del tiempo por la radio y alertaba sobre la posibilidad de hielo y aguanieve, y de fuertes nevadas que iban a llegar a lo largo de la semana.

Había evitado hacerle demasiadas preguntas a mamá porque me había parecido que estaba nerviosa y tensa antes de salir, pero ahora se le veían los hombros relajados.

—¿Adónde vamos, mamá? —pregunté.

—¡Te va a encantar! —respondió ella; su voz sonó rara y chirriante—. Se trata de una cabaña preciosa que pertenecía a un buen amigo de la abuela: un jardinero que se llamaba William. Tiene dos habitaciones, una vieja chimenea que calienta toda la casa y un pequeño jardín con una puerta que da a un bosque. William murió hace unos meses. No hay nadie en millas a la redonda, así que es un auténtico refugio secreto. Fuimos allí de vacaciones cuando eras pequeño. ¿Te acuerdas? Dejó que nos quedásemos en su casa mientras él estaba fuera visitando a unos amigos.

Pensé en las vacaciones que habíamos disfrutado con papá cuando todavía vivía con nosotros. Fuimos a España, y él y yo nos montamos en una pedaleta cinco veces. Fueron unas vacaciones estupendas. También recordé que habíamos ido de camping: llovió un montón, pero fue divertido porque yo no podía salir de mi saco de dormir; la cremallera se había atascado y mamá tuvo que sacarme por el agujero de la cabeza.

Lo que no fui capaz de recordar, por mucho que lo intenté, fue haber visitado aquella cabaña.

El interior del coche se iluminó. Alguien que venía detrás de nosotros tenía puestas las largas. Era el primer coche que veíamos desde hacía mucho y me volví para ver quién estaba ahí fuera en medio de la noche como nosotros.

—Mantén la cabeza agachada, Nate —dijo mamá sin apartar la vista del retrovisor.

El otro coche se estaba acercando mucho y las luces me deslumbraban, así que entorné los ojos para poder mirar.

—¿No me oyes, Nate? ¡He dicho que bajes la cabeza!

Me deslicé por el asiento. Mamá no dejaba de mirar por los retrovisores, primero al lateral, luego al de en medio. Miraba más por los retrovisores que hacia la carretera que tenía enfrente. El coche nos adelantó y mamá aminoró la velocidad al momento. Se llevó la mano a la frente como si se rascara. El coche se mantuvo durante un rato por delante de nosotros hasta que se iluminó el intermitente y giró a la izquierda. Los hombros de mamá se relajaron de nuevo. Sacó la mano por el lateral del asiento y me acarició la rodilla.

—Siento haberte levantado la voz. No podía ver bien por el retrovisor, ha sido por eso —dijo.

Nos quedamos en silencio durante un rato y observé la luz de las farolas reflejada en los charcos de la carretera. Me recordaron a algo de cuando era pequeño, pero no pude concretar qué. Me vino a la mente ese color. Un amarillo reluciente. De repente sentí ganas de llorar.

—Mamá... —dije—, ¿de verdad nos vamos de vacaciones?

Mamá se pasó la mano por la cara y tomó una gran bocanada de aire antes de contestar en voz baja:

—No exactamente, Nate.